

No te duermas en el sofá

Vicent Dasí

Dibujos de
Pau Valls



1

El ataque de las babosas sanguinarias

Los padres de Maggie se han vuelto a pelear.

Todo el día como el perro y el gato. Desde el desayuno hasta la cena, pasando por el almuerzo, la comida y la merienda. Hace ya demasiado tiempo que se repite la misma historia. Cinco semanas, ha calculado la chica. Sí. Un poco antes de que comenzara el confinamiento domiciliario. Menuda lata, ¿verdad? Cinco semanas de mal rollo, caras largas y palabras feas, confinadas en cada rincón de la casa.

Hoy, al llegar la hora de irse a la cama, la

situación parece haber llegado al callejón sin salida definitivo.

—No te duermas en el sofá, papi —susurra Maggie al oído de su padre—. Mañana no podrás con tu alma.

Es lo que siempre le dicen a la chica cuando se le cierran los ojos, acurrucada bajo la mantita de Spiderman. Lo que siempre le recuerdan cuando los peluches gigantes de Bart y Lisa Simpson hacen con ella un sándwich clorofórmico. Lo que siempre le sermonean cuando la tele, abandonada, se queda encendida enfrente sin nadie que la mire.



—No voy a dormirme —responde el padre muy bajito mientras se estira bajo la manta de Batman.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Maggie toda extrañada intentando no pisar a la Ayudanta de Papá, la galga inglesa que yace enroscada sobre la alfombra.

–Pues... ¿Que qué voy a hacer? –parece dudar su padre—. Bueno... En realidad..., voy a trabajar –contesta por fin—. De hecho, voy a ver este reportaje de National Geographic para documentar el próximo cómic.

El salón está a oscuras. Solo la luz brumosa de la tele crea una mínima isla de claridad entre los tres y el aparato. Cuando Maggie se gira hacia la pantalla, una mueca, mitad espanto mitad asco, invade su cara.

–Puaj... ¿Es para documentar *El ataque de las babosas sanguinarias*? –pregunta la chica sin apartar la mirada.

–Así es. –El padre siempre comparte con la hija sus nuevos proyectos—. Pero espera un momento –reacciona de repente mientras se endereza contra el respaldo—, ¿no se suponía que tú ya estabas durmiendo?

–Sí. Pero he oído encenderse la tele y...

El padre busca el mando entre los peluches gigantes de Bart y Lisa para dejar el volumen a una rayita.

–Venga. Vuelve a tu habitación y tápate bien.

–¿No puedo quedarme aquí contigo? –se hace la remolona intentando ganarse un hue-

co como si fuera un cachorrito—. Prometo no molestarte.

—Tú no me molestas nunca, Maggie. No es eso. Simplemente... mañana es lunes.

—Pero no hay cole —protesta sin alzar la voz—. Estamos confinados.

—¿Y qué?

A pesar del confinamiento por la pandemia, es cierto, la familia ha intentado desde el primer día seguir con los horarios y las rutinas habituales. Y justo por eso, mira tú por dónde, a la chica le extraña tanto que su padre esté documentándose a estas horas de la noche. Precisamente porque no es nada habitual que trabaje hasta tan tarde. Como tampoco lo es que lo haga estirado bajo la manta de Batman. Ni en pijama. Ni que se traiga del dormitorio la almohada de su lado de la cama.

Quizá sea cierto, piensa Maggie, que su padre vaya a ver ese reportaje en la tele para documentar *El ataque de las babosas sanguinarias*. Quizá. Pero es evidente también, no nos engañemos, que, después de verlo, se quedará a dormir en el sofá.

La chica sabe muy bien lo que eso significa, y de inmediato la sepulta un alud de tristeza. No vuelve, ya no, a hacerse la remolona. Pero abraza

a su padre, eso sí, todo lo fuerte que puede. Le da un beso en la frente y, antes de encaminarse, en medio de la oscuridad, hacia la escalera de caracol, le desea buenas noches y le dice que lo quiere mucho. Muchísimo.

Cargada de pena, Maggie sube cada escalón como si llevara encadenada a los pies una bola de preso. O mejor, de fantasma. No ha querido encender las luces del pasillo de arriba para no despertar a su madre. Así que, para iluminarse y al mismo tiempo agarrarse a la barandilla, sujeta con los dientes el faro desmontable de la bici. La proyección de la luz blanca, que le sube a la cara desde la boca, le confiere una pinta total de peli de miedo. No en vano, cuando entra al dormitorio de sus padres y en el espejo del tocador se encuentra de golpe con su propio reflejo, se le escapa un grito mientras el faro de la bici cae a tierra.

Ufffff. Menos mal que su madre no se ha despertado. Aunque en realidad no se habría despertado por más que hubiera caído allí mismo un rayo de los buenos. Hace días que toma pastillas para dormir. Está acabando un trabajo para una superproducción internacional. Una peli de dibujos animados donde ella es la encargada

de dar vida al protagonista: un chico que sueña con ser una estrella del *rock*, a pesar de que a su padre le gustaría que fuera otra clase de estrella. Una estrella del fútbol. En fin... Su madre va muy estresada con este proyecto tan importante. Demasiado estresada. De hecho, pese a que el día entero se lo pasa delante del ordenador sin apenas descansar, cuando llega la noche, está todavía tan absorta que le cuesta Dios y ayuda conciliar el sueño.

La chica agarra el faro de la bici. A continuación, se acerca a la cama y abraza a su madre todo lo fuerte que puede. Le da un beso en la frente y, antes de encaminarse, en medio de la oscuridad, hacia su habitación, le desea buenas noches y le dice que la quiere mucho. Muchísimo. Si hay alguna persona en el mundo que sabe mejor que nadie qué significa no poder conciliar el sueño, esa es Maggie.



2

Protocolo Morpheus

Maggie fue diagnosticada de «insomnio de alta intensidad» con diez años. Aunque la verdad es que podría decirse que desde que era una bebé (y ahora ya tiene cumplidos los doce) le ha resultado más que difícil dormirse por las noches.

En los últimos seis meses, sin embargo, con la colaboración de Alicia Cúper, la psicóloga del H. P. Lovecraft, el cole público del pueblo, ha perfeccionado una rutina para atrapar el sueño, que ambas han bautizado como Protocolo Morpheus. Se trata de una especie de ritual antin-

somnio que justo ahora mismo, de vuelta a su cama desde el dormitorio de los padres, la chica empieza a poner en práctica de la manera más disciplinada.

En primer lugar, recostada sobre su almohada, Maggie se sujeta la melenita rubia y se pone la gorra diabólica. Una gorra negra de los AC/DC que lleva incorporados unos cuernos pequeños, rojos y puntiagudos.

A continuación, como si fuera una piloto de helicóptero, se coloca los cascos auriculares por encima de la gorra, pasa el cable por delante del número 22 de la camiseta de Brian Johnson e introduce la clavija en el iPod.

Toma después un relato de terror. Hoy ha seleccionado «El día del padre», la primera historieta de *Creepshow*, un cómic tremebundo que su padre, precisamente, le ha regalado este mismo fin de semana. El ejemplar contiene cinco historias de ponerte los pelos de punta, con dibujos aterradores de Bernie Wrightson y guiones escalofriantes de Stephen King, el rey del género.



La chica, en realidad una niña si nos ponemos en plan estricto, no debería leer todavía libros de este escritor. *Creepshow*, no en vano, está recomendado para mayores de catorce. Pero como resulta que Maggie ya ha visto las tres temporadas de *Stranger Things*, recomendada para mayores de dieciséis, y parece no haber sufrido ninguna mutación extraña, sus padres han decidido hacer una excepción si eso sirve de ayuda a su hija. Toda una chica, como veis.

Cuando Maggie tiene a la vista la primera viñeta, apaga las luces, vuelve a colocarse el faro de la bici en la boca, se agarra bien fuerte a las tapas de cartón y, antes de ponerse a leer, pulsa el *play*. Entonces, según el Protocolo Morpheus, debería sonar a toda castaña un supertema *hard rock* de los AC/DC (si es que hay algún tema de los AC/DC que no sea súper ni *hard*).

Esta noche, para variar, no será ninguna excepción. El temazo que Maggie ha elegido es el himno por antonomasia de la mítica banda británico-australiana. «Highway to Hell». 3 minutos y 28 segundos. Antes de 6 páginas y apenas escuchados 2 minutos 03 segundos, la chica ya duerme como un tronco.



No sabría decir cuánto tiempo ha pasado. Pero a través de la ventana de la habitación de Maggie, la noche parece cerrada del todo cuando sus ojos se abren de repente. El aire que la envuelve tiene la textura nebulosa, pero a la vez clara, del aire de los sueños. Es su habitación, sin duda, pero hay una ausencia total de color. Como si estuviera dentro de una peli en blanco y negro. Y en sus orejas, encapsuladas por los cascos auriculares que circundan la gorra diabólica, empieza a sonar a todo volumen el *riff* de guitarra más famoso de la historia del *rock*: las primeras notas de «Highway to Hell».

Absorbida por la canción de los AC/DC (de hecho, le resulta imposible oír nada más por encima de esta), Maggie sale de la cama y camina descalza hacia el pasillo con la sensación de levitar sobre el suelo. Igual que un fantasma, pero ahora sin bola, baja por la escalera de caracol como si sus pies flotaran por encima de los escalones de madera que conducen al salón. Cuando por fin llega abajo del todo y se detiene delante de la tele, se da cuenta de que la textura nebulosa, pero a la vez clara, del aire que la envuelve, no es la textura nebulosa pero a la vez clara de los sueños. ¡Es la textura de las pesadillas!

El sofá, de manera literal, ¡está comiéndose a su padre! ¡Sí! ¡Comiéndoselo!

Toda la línea que configura la conjunción del asiento con el respaldo se ha convertido en una boca gigante. En realidad, un abismo insondable y terrorífico como las fauces de un tiburón blanco devorador de hombres.

No hay colmillos. Pero el sofá entero parece latir. Y con cada latido, rítmico e inclemente, engulle de manera voraz un palmo más de piernas, de barriga, de ombligo, de pecho...



Tampoco hay sangre. Pero desde el fondo del abismo, que se abre en el asiento, emana una luz roja que lo salpica todo. Es la misma luz que sale al exterior, filtrada por las costuras que rodean los dos botones del respaldo. Dos botones que parecen encarnar, insensibles, los ojos del mismísimo infierno.

Con la mecánica de unas arenas movedizas implacables, poco a poco el sofá se traga la cabeza del padre ante la mirada impertérrita de Maggie. Como una espectadora privilegiada de su propia pesadilla, permanece plantada allí mismo sin mover un solo dedo. Los gritos y las demandas de auxilio desesperadas del hombre quedan ahogadas, además, por el volumen ensordecedor que emiten los AC/DC sobre el cerebro de la chica.

En cuestión de un minuto, solo se ven los brazos agitando la oscuridad del salón. Y poco después, en un intento inútil de aferrarse a este mundo, las manos arañando la tela con las uñas.

La Ayudanta de Papá, que dormía sobre la alfombra, así como los peluches gigantes de Bart y Lisa, que también yacían en el sofá, han hecho lo imposible por ayudarlo. Pero no han podido

evitar el fatídico final. El padre ha desaparecido del todo.

Con una normalidad tan desconcertante que provoca escalofríos, Maggie da media vuelta, vuelve a subir la escalera de caracol como si flotara y se mete de nuevo en la cama. Con los últimos acordes de «Highway to Hell», se le cierran los ojos.

En lugar de blanco y negro, ahora todo es solo negro.